

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 435

25 CTS.



Avalancha

POR
Jack Holt
Y
Olga Blacanova

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 435

Avalancha

Intenso asunto dramático

Interpretado por

JACK HOLT y OLGA BLACANOVA



Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CHESTER CONKLIN

Avalancha

Argumento de la película

Hace poco más de veinte años una caravana atravesaba el desierto americano. De pronto, mientras hacía un alto en el camino, los indios comenzaron un ataque feroz, una embestida salvaje.

Las gentes de la caravana eran gentes de paz; apenas llevaban armas consigo. E incapaces de luchar con éxito con aquel adversario bien armado y superior en número, fueron cayendo todas bajo las balas mortíferas y asesinas.

Los bárbaros vencedores pegaron fuego a los carros después de haberse apoderado de cuanto contenían de algún valor... Consumada la hazaña, marcharon a sus aldeas a celebrar la "descomunal" victoria.

Dos niños, hijos de dos familias de la caravana, habían conseguido ocultarse detrás de un robusto árbol, librándose de esta manera de una muerte segura.

Jack, que tendría unos ocho años, abrazaba estrechamente al pequeño Val, de tres años escasos, y procuraba calmar la inquietud y el miedo de la tierna criatura.

Estuvieron allí, agazapados, sufriendo dolorosamente al ver cómo iban cayendo, una después de otra, todas las gentes de la caravana. Los padres, los hermanos, los otros parientes... Y los dos lloraban en silencio el trágico fin de sus familias.

Cuando los indios desaparecieron, los dos niños salieron de su escondite y, después de llorar ante los cadáveres de sus familiares, siguieron su ruta, cogidos de la mano, a la ventura, por el camino ancho del mundo, buscando que el azar se compadeciera de ellos...

Y corrió el tiempo...

Pasaron cuatro lustros, los más duros y difíciles para esos dos muchachos, educados en la rígida escuela del viejo Oeste, y jamás Jack dejó de la mano a Val. Era para él el hermano mayor, el consejero, el amigo bondadoso. Y éste le correspondía con un cariño acendrado.

Los dos jóvenes, a copia de incesantes esfuerzos, habían logrado formar su vida.

Adquiriendo caballos, realizando diferentes faenas de cowboys, conseguían algún dinero...

Cierto día, los dos amigos llegaron a uno de los pueblos perdidos en la llanura del Oeste.

Entraron en una fonda-cábaré, llena de abigarrada multitud. Mientras tomaban unas copas, fueron testigos de una pelea que se suscitó en una mesa de juego y presenciaron cómo sonaba un tiro de revólver y caía al suelo uno de los jugadores.

Los concurrentes no parecieron dar demasiada importancia al suceso, limitándose a coger al muerto y echarlo fuera del establecimiento.

—¿Qué hizo ese hombre? — preguntó Jack a un jugador.

—Era demasiado listo de dedos para este pueblo. Cometía trampas en las jugadas...

—¡Ah!

Luego, mirando a su compañero Val, dijo:

—Nos quedaremos aquí unos días, ya que los aires me parecen sanos... Ve a buscar ahora las alforjas, Val.

Val desapareció, y una muchacha, una preciosa rubia, bailarina de la casa, se acercó a Jack.

—Me parece que te he visto en otra par-

te—le dijo—. ¿Cómo se llama el pueblo aquel, cerca de la frontera? Comienza por F...

—¿Por F?... ¿Será Fénix?

—No, Fénix, no... Es Flagstaff... Recuerdo que los muchachos te tenían por el ju-



—*Nos quedaremos aquí unos días...*

gador más honrado del pueblo.

—Y así era...

—Y veo que aun andas con el chico...

—Sí, ando con él y andaré siempre...

Val regresó con un equipaje... Un criado de aquella fonda-cabaret les condujo a una

habitación del primer piso que los huéspedes habían de ocupar.

Los tres desaparecieron y entonces, Gracia, la rubia, comentó al oído de una amiga:



—Me parece que te he visto en otra parte.

—¡Ah! Si Jack Dunton algún día ama a una mujer como ama a ese chico...

Horas después, Jack, que había ido a dar una vuelta por el pueblo, regresó a la fon-

da, encontrando a Val en su cuarto enfrascado en la lectura de un libro.

Movió cariñosamente la cabeza y le dijo:

—Me gustaría más verte por el campo que metido aquí todo el santo día leyendo...

—Es que quiero aprender, Jack... Tengo ganas de prepararme para ingresar en la Escuela de Ingenieros de Minas.

—¿Serías capaz de separarte de mí después de tantos años de andar juntos por esos mundos de Dios?

—¡Tienes razón, Jack!... Hazte cargo de que no he dicho nada...

Pero Jack se alejó después de dirigirle una tierna mirada, en la que había un inmenso cariño.

Volvió una hora más tarde, trayendo un paquete de libros.

—Si tienes ansias de saber, aquí tienes libros para que te instruyas—le dijo bondadosamente.

—¡Gracias, Jack!—respondió, emocionado.

Revisó los títulos de los libros y leyó: "La mujer del futuro", "La caperucita roja", "Alimentación y cuidado de los niños", "Manera de comportarse en sociedad", etc.

—Pero...—dijo Val, riendo—, ¿cómo quieres que estudie para ingeniero con esas asignaturas?

Jack le miró, confuso, y respondió:

—Soy un necio... un imbécil... Mas no te apures, Val... Si quieres ir a la escuela, ya sabes: yo no he de oponerme...

—¡Qué bueno eres, Jack! Pero el ir a la escuela costará un montón de dólares y nosotros no tenemos más que doscientos.

—Iremos a medias... Tú te cuidarás de estudiar y yo de conseguir el dinero para que tú estudies...

Y, después de darle unas palmaditas en el hombro, bajó a la sala de juego de la fonda.

—Deme doscientos dólares de fichas—dijo al "banquero", sentándose a la mesa.

Comenzó a jugar y a perder... De pronto, una idea maligna brotó, como la chispa del pedernal, de su imaginación...

Sonrió de modo siniestro... Ocultó una carta y, por medio de varias combinaciones y trampas, consiguió ganar una respetable cantidad.

Por fortuna para Jack, nadie vió sus maniobras, pues no lo hubiera contado. Allí se suprimía rápidamente al tramposo... Únicamente una mujer, Gracia, presencié aquel escamoteo de los naipes... Nada dijo, pues su corazón femenino se sentía seducido por la prestancia de aquel bohemio del Oeste, que iba cruzando todas las rutas con una sonrisa de afabilidad.

Jack regresó alegremente a su cuarto. Val dormía ya... Y él tuvo que ocultar su contento hasta el día siguiente.

A la otra mañana le dió gran parte del dinero ganado. El mismo día podía salir para la ciudad a comenzar sus estudios.

Val lloraba de alegría... Más que un amigo, era Jack para él un hermano, uno de esos hermanos mayores que suplen todo amor de la familia perdida.

Y aquella misma tarde, Val marchó en la diligencia hacia la ciudad.

—Haré todo lo posible para que estés orgulloso de mí, Jack—le dijo.

—Así lo espero... ¡Adiós, Val... y cuídate!...

—¡Adiós, Jack!... Y quiero dejarte un recuerdo mío...

Puso en sus manos un paquete, a tiempo que los caballos de la diligencia emprendían la marcha.

Cuando el coche no fué ya más que un punto cada vez más pequeño en el horizonte, Jack, enternecido, abrió el regalo.

Era una bella navaja, con esta inscripción:

De Val a Jack. Al hombre más noble que hay en el mundo.

Súbitamente su rostro cambió de expresión... ¿El, el hombre más noble? Recordó

que ero un tramposo... Pero procurando acallar la voz de su conciencia, volvió a la fonda.

Gracia salió a su encuentro y le dijo con ese dulce interés de las mujeres enamoradas:

—¿No es verdad que quieres mucho al chico?

—¡Ya lo creo!

—Tú has hecho lo que todo hombre de corazón está obligado a hacer con un muchacho bueno como ése...—continuó, con extraña entonación.

—¿Qué quieres decir? No entiendo...

Ella sonrió y disimuladamente le señaló un cartel colgado en un muro, que decía "Cuidado con los tramposos".

Una gran turbación se apoderó de Jack...

—Yo...

Ella le murmuró al oído:

—No me digas nada... Callaré siempre...

Y alejóse sonriente, mientras Jack, en medio de la confusión de su alma, sentía cierta admiración por aquella rubia, que conocía un secreto y le miraba con ojos dulcísimos...

* * *

Pasaron tres años...

Val había seguido sus estudios en la Escuela de Ingenieros y Jack continuaba en

el pueblo del Oeste, viviendo en la fonda. No había vuelto a recurrir a la trampa; jugaba y la suerte le sonreía...

Gracia había acabado por ser la amiga de Jack, enamorada lealmente de aquel hombre.

Jack seguía teniendo para el ausente un cariño poderosísimo... En su última carta le anunciaba Val que iría a pasar a su lado las vacaciones.

Leía aquellas notas a Gracia y en su rostro se reflejaba la inmensa satisfacción que tales cosas le producían... Y ante tanto interés, en el fondo del pensamiento de Gracia había unos ligeros celos.

Una mañana, Jack se dirigió a la casa del cartero. Acababa de recibirse correo y tal vez viniese alguna nueva noticia de Val.

El cartero estaba atareado repartiendo las cartas y poniéndolas en orden. En esta labor le ayudaba su hija Kitty Mains, una de las muchachas más encantadoras de la localidad.

Jack se impacientaba por conocer si había noticias para él.

—¿No hay ninguna carta para mí, señorita?

—Ahora veré — dijo la joven con gran amabilidad.

Encontró, efectivamente, un sobre, que puso en manos de Jack.

—¡ Es letra de Val!... ¡ Ah! ¿ Llegaré, acaso, pronto?

—¡ Con qué alegría lo espera usted!—le dijo Kitty, que conocía el fervoroso culto que Jack sentía por el ausente.

El joven leyó la carta en voz baja, y luego, con una necesidad de expansión, se la repitió a Kitty.

He tenido un catarro y un dolor muy intenso en la espalda. Por fortuna, estoy ya bien... Seguramente llegaré el miércoles por la tarde.

—El miércoles... mañana... No hay tiempo que perder...

—¿ Es muy joven su amigo?

—Véalo usted.

Y le mostró el retrato del apuesto estudiante.

—¡ Y el pobre ha estado enfermo!—comentó Kitty.

—Sí, ha tenido un dolor muy intenso.

—Me ha hablado usted tanto de Val, que me hago la ilusión de que le conozco sin haberle visto.

—Claro... no sé hablar de otra cosa que de él...

Despidióse de Kitty y volvió a la fonda... Gracia le preguntó:

—¿ Has tenido noticias de Val?

—Llega mañana—respondió fríamente.

Y se envolvió en un gran mutismo, sin corresponder a las ternuras de su amante.

—Es curioso cómo te oidas de mí en cuanto empiezas a hablar del chico—le reprochó ella.

—¿ Quieres hacerme el favor de no volver a hablar de él?—le dijo bruscamente.

—Te molesta que una mujer como yo te hable de él, ¿ verdad?

—No es eso, Gracia... Lo que pasa es que me parece que nuestro afecto me separa del suyo.

—¡ Qué tontería!

Y, disgustada, volvió al mostrador para servir a unos clientes que daban muestras de impaciencia.

Al día siguiente, Val, sentado en la diligencia, se acercaba al pueblo. De pronto, a pocos kilómetros de la villa, hubo una avería en una de las ruedas.

El cochero y su ayudante quisieron reparar la avería, pero vieron que tenía gran importancia.

—Me parece que tenemos para un buen rato, muchacho—dijo el cochero a Val—. Si tiene prisa, mejor será vea si encuentra a alguien que lo lleve al pueblo.

Vieron que avanzaba por el camino un cochecito tirado por una yegua muy ágil y guiado por una hermosa muchacha.

—El carricoche ese es de Kitty Mains... Debe ir al pueblo, seguramente.

—¡Ah; pues me vendrá de perilla!

Kitty, que acababa de repartir el correo, reconoció en aquel joven al íntimo amigo de Jack.

—¿Me querrá usted acompañar al pueblo, Miss Kitty Mains?—le dijo.

—Sí... sí... pero, ¿cómo sabe usted mi nombre?

El joven se echó a reír y saltó al coche.

—Soy psicólogo—dijo—. Si usted quiere puedo contarle cosas maravillosas.

—¿De veras?

—Oiga... Un joven muy simpático e inteligente se presentará en el camino de su vida y lo querrá usted mucho...

—¿Sí?

—Y él la querrá a usted muchísimo...

—No está mal su profecía... Mas permítame a mí que le lea lo que dicen las líneas de su mano.

Se detuvieron un momento y la joven, pasando uno de sus dedos sobre la palma de la mano varonil, dijo:

—Usted se llama Val Dunton...

—Sí...—exclamó el joven, maravillado por aquella penetración.

—Y ha estado tres años en el colegio...

—Sí...

—Y ha tenido un catarro y un dolor muy intenso en la espalda...

—Pero ¡esto es sublime! ¡Me conoce usted mucho!... ¿Es usted adivina?

La joven se rió.

—Nada de eso... nada de eso... Jack me ha hablado de usted... y me enseñó su retrato... Por eso le reconocí... He ahí todo.

—¡Ah... Kitty!... Pues el cochero de la diligencia me dió el nombre de usted y por eso acerté...

—¡Qué gracioso!

Riendo, explicando cosas del colegio y del pueblo, bromeando con la alegre despreocupación de la juventud, llegaron a la entrada de la aldea, donde esperaba Jack.

Este casi no conoció a su amigo; tanto había cambiado durante los tres años de ausencia. Además, la presencia de Kitty...

—¡Jack... querido Jack!

—¡Val!—dijo, al fin.

Se fundieron en un estrecho abrazo... Luego, Val dijo, riendo y señalando a Kitty:

—No sé por qué me parece, Jack, que aquí pasaré unas largas vacaciones...

Los dos amigos se despidieron de Kitty y entraron en la fonda. Gracia salió al encuentro del joven y le estrechó cariñosamente la mano... Jack sintió ante aquella

acción cierto disgusto, como si le pareciese que el inocente Val se manchaba con la compañía de una mujer como Gracia.

Luego se dirigieron los dos jóvenes a su cuarto y allí estuvieron varias horas, comentando hechos ocurridos durante su separación.

Después, Jack se despidió de él, aprovechando que su amigo iba a abrir su equipaje y a poner en orden sus cosas.

Sentóse Jack a jugar con varios amigos, en el piso bajo de la fonda.

Una hora después, apareció Val y, sin decir nada a su amigo, se sentó en la misma mesa de juego.

Pero Jack, con energía, le obligó a levantarse.

—Sube a tu cuarto, Val...

—Vamos, Jack, mira que ya soy mayor de edad...

—No quiero verte más metido entre esta gente... Este sitio no es para ti—le murmuró.

Val, refunfuñando, se alejó y se puso a hablar con Gracia.

Jack se levantó y, dando una severa mirada a la mujer, dijo luego a su amigo:

—Te dije que te marcharas arriba... Te repito que éste no es sitio a propósito para ti.

—Pero me tratas como si fuera un chiquillo, Jack—arguyó.

—Precisamente porque no eres ningún chiquillo es por lo que te lo digo. No quiero tener que avergonzarme de ti.

—Deja que el muchacho se divierta—intervino Gracia—. En este mundo no se es joven más que una vez.

—Tú te callas... Val, hazme el favor de volver a tu cuarto.

El joven obedeció a regañadientes, y cuando hubo desaparecido, Gracia exclamó:

—Le tratas con demasiada dureza... ¡Un mozo así!

—No quiero que pierda la juventud en las mesas de juego como yo la he perdido.

—Pero una cana al aire...

—No, ni una. Mañana nos cambiaremos los dos al hotel para familias para no estar más en este inmundo garito.

—¡Muchas gracias! —respondió, nerviosa.

—Y otra cosa... Tú y yo hemos terminado, Gracia—replicó con gran frialdad.

—¿Por qué?

—Debo dedicarme por entero a Val... Si algo bueno he hecho en mi vida ha sido apartar a ese muchacho del vicio.

—¿Serías capaz de dejarme a mí por él?—exclamó, llorando.

—He dado lo mejor de mi vida por ese muchacho y no quiero que nada ni nadie destruya la obra que a costa de tanto sacrificio he realizado.

Ella miró la escalera por donde Val había desaparecido y exclamó con odio:

—¡Le aborrezco!... Siempre él... su vida... su porvenir... nunca nuestra vida... nuestras cosas... No quiero que esto acabe de esta manera.

—Ya te dije que tú y yo habíamos concluido, Gracia... ¿Qué pensaría Val si supiese que tú y yo...? No, no, hemos acabado.

Y alejóse nerviosamente, mientras Gracia mordía un pañuelo en un arranque de desesperación.

Al día siguiente, Gracia y Jack se encontraron en una tienda del pueblo.

La joven, muy amablemente, se acercó a su amante y quiso acariciarle. Pero él la rechazó con severidad.

—No olvides lo que anoche te dije, Gracia.

—¿Tú lo quieres? ¡Bien!

Y, mirándole retadora, se alejó.

Al salir vió a Val y, sonriendo triunfalmente, acercóse a él y simuló que tropezaba.

¡Ya vería Jack si a ella se la trataba de tal modo!

Al verla caer, Val la cogió en brazos, y Gracia quejóse amargamente de haberse dislocado un tobillo.

—Voy a llevarla a su casa—dijo el joven.

Y levantándola como una pluma, entró en la fonda, sintiendo en su piel el tibio perfume de aquella carne joven y bella.

Gracia, sonriente, se abrazaba a él.

El joven la acompañó hasta su cuarto y, ya en él, la depositó sobre la cama y le quitó un zapato, acariciándole el tobillo dañado.

—¡Gracias, Val!—dijo la mujer con insinuante sonrisa—. Ahora será mejor que te vayas...

—¿Por qué?—exclamó el muchacho.

—A Jack no le gustaría encontrarte aquí con una bailarina de cabaret.

Por primera vez, en el alma del mozo el instinto de la pasión, el extraño grito de la carne, fué más fuerte que la amistad.

—Pudiendo estar contigo, nada me importa Jack—exclamó ingenuamente, contrariado por las gracias de la hermosa.

—Gracias, Val—dijo ella con malicia—. Tú no sabes el gusto que da estar unos minutos en compañía de alguien que la trata a una diferente...

Fumaron unos cigarrillos y permanecieron cosa de media hora en deliciosa velada.

Por fin, ella le despidió.

—¿Cuándo nos volveremos a ver, Gracia?—suplicó él, turbado.

—Si quieres volverme a ver no le digas a Jack que hemos estado juntos—exclamó, perversa.

—Te lo aseguro,

Y el muchacho se alejó, llevando prendida en el corazón, con orgullo, la rosa de la aventura.

Varios días después, se celebró una fiesta de sociedad en casa de uno de los principales personajes del pueblo.

A ella concurrían Jack y Val, que ya vivían en una pensión de familia. La fiesta tenía un carácter selecto, de velada fina.

Kitty, que también concurría a ella, mostrábase muy afectuosa con Val, que aparecía distraído, preocupado.

De pronto, el joven exclamó, aprovechando un momento en que Jack estaba en otra habitación:

—Me siento algo indispuerto, Kitty... y me voy...

Y despidiéndose febrilmente de su amiga, marchó a la fonda de Gracia, sin importarle nada la fuerte lluvia que venía cayendo toda la noche.

Jack preguntó, algo más tarde, a Kitty: —¿Dónde está Val?

—Se fué... supongo que a la pensión. Dijo que no se sentía bien.

—Es extraño.

—He notado algo raro en Val—exclamó Kitty, preocupada—. Pensé que me quería y no me quiere.

—¿Por qué dice usted eso?... Ha estado viniendo a ver a usted con mucha frecuencia...

—No tanta... Hacía diez días que no había visto a Val.

—Todo esto es muy raro... Iré a ver cómo se encuentra mi amigo.

Y, preocupado, sintiendo extraordinario malestar, salió de aquella casa.

Entretanto, Val se hallaba conversando en la fonda con Gracia. Lleno de pasión por ella, le decía:

—No quiero seguir escondiéndome como un criminal y ocultando nuestro amor, Gracia... Le diré a Jack que nos queremos.

Ella había conseguido con su gracia felina conquistar el corazón del joven. Este, para ocultar a Jack su amor y justificar sus salidas, decía a su amigo que iba a ver a Kitty, cuando, en realidad, se pasaba las horas al lado de Gracia.

—Se pondrá furioso, Val — dijo ella —.

¿No sabes que aquella noche que te mandó arriba fué porque tenía celos de ti?

—Es que te quiero... y no puedo vivir sin ti.

Bebieron... conversaron un buen rato so-



...de pronto apareció Jack...

bre lo que debían hacer... Y, de pronto, apareció Jack, que, no habiendo encontrado a su amigo en la pensión, sospechó estuviera en la fonda de Gracia.

Al verles acariciándose, una terrible sonrisa de desengaño flotó en sus labios.

Los dos jóvenes se levantaron aturdidos.

Val, sereno, pues ignoraba las relacio-

nes que en otro tiempo habían sostenido Gracia y Jack, dijo a éste:

—Siéntate, Jack, que quiero decirte una cosa...

—Estando ésa... delante, no quiero hablar de nada—respondió Jack con profundo desprecio, a tiempo que tiraba al suelo una botella de vino que había sobre la mesa.

—No quiero que hables así de Gracia—protestó Val.

—Hablo como se merce... Pero salgamos de aquí...

—Sí, salgamos — dijo Val—. Espérame aquí, Gracia, que volveré en seguida.

Y los dos hombres se dirigieron a la pensión donde residían. Ya en su cuarto, se contemplaron fríamente, con cierto odio en las miradas.

Jack fué el primero que rompió el silencio. En su voz no había rencor: más bien le inspiraba lástima aquel chico que iba por mal camino.

—Me has engañado a mí, a Kitty y estás echando a perder tu porvenir por una bailarina de music-hall...—le dijo.

—Quiero a Gracia, y si a amarla llamas echar a perder mi porvenir, no me importa...

Jack se estremeció. ¡En qué abismo ha-

bía caído aquel muchacho! Al propio tiempo sintió que los celos le devoraban.

—Si a ti no te importa... a mí sí que me importa y me harás el favor de no volver a verla...

—Haré lo que se me antoje.

—¡Qué mala es esa Gracia!... ¡No te quiere, no! Si te quisiera no te permitiría que te estuvieras perdiendo y frecuentando su casa.

—¡Retira lo que has dicho!

—¡No!

Loco de celos, el joven dió una bofetada a Jack, quien permaneció impasible.

—Te digo que retires lo que has dicho —repitió Val.

Y como Jack tampoco respondiera, Val le abofeteó en la otra mejilla.

Esta vez, Jack no pudo contener sus nervios. Incrustó su puño en la barbilla de su amigo y le derribó en tierra, sin conocimiento.

—¡Desgraciado!—dijo, mirándole fríamente.

Levantándole, lo colocó en la cama y salió de allí.

Se dirigió a la fonda y, mirando a Gracia, le dijo, cogiéndola por el brazo ferozmente:

—No te saldrás con la tuya... Mañana, a primera hora, marchará de aquí una dili-

gencia... y tú irás en ella... ¡Ay de ti si no te vas!

Y, dejando a la joven horrorizada, volvió a la casa donde se celebraba el baile.

Kitty le preguntó anhelante:



—¡Retira lo que has dicho!

—¿Y Val?

—Acabo de dejarle con un dolor agudo... pero no en la espalda—contestó socarronamente.

* * *

Cuando, a la madrugada, Jack regresó a su cuarto de la pensión, se encontró con

la sorpresa de que Val había desaparecido.
¿Dónde podía estar el mozo?

Nadie supo darle razón y tuvo que esperar a primeras horas de la mañana para comenzar sus investigaciones acerca de la extraña desaparición.

—¿Han visto por aquí a Val?—preguntó a uno de los hombres del pueblo.

—Val y Gracia, la bailarina, han salido de aquí esta mañana temprano para la Montaña Negra...

—¡Maldición!

Requirió inmediatamente su caballería y se dispuso a perseguir a los fugitivos.

Iba con ansias de venganza contra la maldita mujer. A él no le recriminaba demasiado; era demasiado joven y se había dejado seducir por la tentación...

Tras algunas horas de recorrer la Montaña Negra, preguntó a un caminante por la pista de los perseguidos.

—Una mujer y un hombre, ¿verdad? Pues tomaron por el camino del tajo... Les dije que la tormenta había precipitado la avalancha, pero no me hicieron caso.

Jack tomó a su vez por el camino indicado, con un deseo frenético de encontrar cuanto antes a aquel par de locos.

Por fin, les halló en la hondonada de un pequeño valle.

Bajó del caballo y avanzó hacia ellos, que

estaban descansando en medio del campo.

La sorpresa de la pareja al ver a Jack fué inmensa, pero Val, apoderándose de un revólver, amenazó a su antiguo amigo:

—¡Si das otro paso, disparo!—le gritó.

—¡Quiero que vengas conmigo!

—¡Nunca!

—¡Cobarde, miserable! — gritó Gracia, llena de odio.

Jack, melancólico, con los brazos cruzados, prescindiendo por entero de aquella mujer, dijo a su amigo:

—Te llevaré a casa conmigo, Val... ¿No quieres creerme? ¿Acaso te he mentado alguna vez en la vida?

—¿Que no ha mentado?—exclamó Gracia con reconcentrado furor—. Su vida entera no es más que una mentira.

—¡Calla... maldita!

—¡Sí... sí... es un tahir... un tramposo!... Ha realizado trampas en el juego... ¡Es un mal hombre!

—¡Infame!

Pero en aquel momento comenzó a desencadenarse una terrible avalancha de piedras... Las montañas cercanas vomitaban enormes rocas y los tres jóvenes, aunque quisieron huir, quedaron enterrados bajo formidables pedriscos.

Por fortuna, el alud fué de corta dura-

ción y, al cabo de poco rato, pudieron librarse de las piedras.

Pero Val había resultado gravemente herido y no podía dar un paso... Jack, entonces, olvidando todos sus rencores y celos,



...Val había resultado gravemente herido...

cogió al muchacho, desvanecido, lo cargó en hombros y subió la empinada cuesta en busca de algún refugio protector.

Así anduvieron largo rato, hasta llegar a una cueva natural entre las rocas. Volvió a desencadenarse furiosa la avalancha,

amenazando las piedras con obstruir la entrada del refugio.

—¡Voy a buscar ayuda!—dijo Jack—. Es preciso salir de aquí... Estamos en gran peligro.

—¡No vayas!... La avalancha continúa... Puedes perecer...—le dijo Gracia con súbita compasión.

—¿Qué me importa ya? He de salvar a Val...

Y con heroica abnegación, desafiando la terrible avalancha, se alejó de allí, en busca de ayuda...

Por fin, el alud pareció ceder y Jack pudo llegar a un puesto de socorro. Volvió con tres o cuatro hombres y caballos para ir a recoger a Val.

Tuvieron que realizar grandes esfuerzos para limpiar de piedras la entrada de la cueva.

Durante aquel tiempo, Val había permanecido desvanecido, y a su lado, Gracia, sentía en su corazón angustias profundas y delirantes... Deseaba la salvación de Jack, deseaba que aquel hombre pudiera volver sin peligro.

Una alegría inmensa invadió su corazón al verlo regresar. En aquel instante Val abrió los ojos. Se sentía muy débil; la pérdida de sangre era mucha.

—Vamos—dijo Jack serenamente—, no

hay tiempo que perder... Podremos montar en estas caballerías...

Pero entonces, Gracia, llamando a Jack al lado de Val, exclamó, mirando a éste:

—He de confesar ahora la verdad, Val... Si siguiera mintiendo después de lo que Jack ha hecho por ti y por mí sería una infame...

—¿Qué quieres decir, Gracia?—murmuró Val.

—No, no te amo como tú te crees, Val. No te amo así—dijo llorando—. Te quiero como un hermano, nada más que como un hermano...

Jack la escuchaba con emoción y Val con asombro.

—Yo amo a Jack locamente—siguió diciendo ella—. Pero tú, Val, eras un obstáculo para nuestro amor... Me parecía que Jack te amaba más a ti que a mí... Por eso mentí, para enemistaros a los dos. Por eso simulé, Val, que te quería. Perdóname.

Val lanzó un largo suspiro. Con voz entrecortada, mirando a todos, dijo al cabo de unos momentos de reflexión:

—¡Qué loco fui! Yo no sabía eso, Jack... yo no sabía... perdóname de todo corazón... Si algo hubo en mí de pasión la arrancaré como una planta indigna.

—¡Compañero! ¡Val de mi alma!—suspiró Jack, abrazándole.

—¿Estás contento ahora que vuelves a tener a tu chico?—le dijo Gracia.

—Sí, Gracia...—exclamó—. Pero no perdamos tiempo... Hay que llevarlo al hospital.

Le subieron a una de las caballerías y, horas después, el joven estaba instalado en la cama de un hospital.

La lesión no era grave, según había diagnosticado el doctor. Cuestión de pocos días.

Kitty había acudido inmediatamente al lado del joven, pues le amaba con toda su alma.

Y Val, al sentir junto a él la dulce mirada de aquella criatura, se dijo que esa mujer le haría olvidar a la otra, que a Kitty la amaba él de modo diferente, con el dulce y eterno amor que llega a la vejez y no muere.

Gracia se alejó del cuarto con tristeza.

Ya en la habitación contigua, Gracia dijo a Jack:

—Y ahora... adiós, Jack... y perdóname el mal que te hice...

—¡No, no quiero que te vayas!—suplicó él—. Nos casaremos y nos iremos los dos juntos de aquí...

—¿De veras, Jack? ¡Qué gran alegría! ¡Contigo iría a cualquier parte del mundo!

—Nos separaremos de Val, que se casará pronto, pero al que seguiremos ayudando...

do... Y tú no tendrás celos, ¿eh? Aun le falta un año para acabar la carrera... y yo quiero seguir pagando sus estudios.

—Le querré como a un hermano... como siempre lo quise. Lo otro...

—Lo otro... olvidémoslo... El es amistad, tú eres amor... Los dos sentimientos perfectamente compatibles para la felicidad de nuestro corazón, ¿verdad?

Y se fundieron en un beso.

FIN

Ha sido revisada por la Censura

GRAN ÉXITO

Ayer apareció

La Novela Sentimental

Pídala en todos los quioscos

Le interesa

30 cts.

La Novela de la Modistilla

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

pondrá muy en breve a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

EL CUENTO SELECTO

Su precio será de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!